



Helio Vera

La entelequia

Primero fue el nombre, sonoro y retobado: Anastasio Leguizamón. Apropiado a individuo de pocas vueltas, medido en gestos y exiguo en palabras. Jinete, seguro, de probada destreza con lazo y revólver. Quizá antiguo caudillo de montoneros. Duro por donde se lo mire, cara de perro para todo el mundo.

Después fue la fisonomía, en la que fui esculpiendo rasgos, uno por uno, hasta completar una cara vaga y borrosa: cejas negras y gruesas, unidas espesamente sobre una nariz suavemente aguileña; coloradas y venosas las mejillas, con cráteres claramente dejados por una viruela infantil; la boca fina, como una indecisa raya de bolígrafo en un cuaderno de primaria. Tuve que completar el resto del cuerpo, con lo primero que encontraba a mano: la cabeza redonda, de avanzada calvicie; brillantes canas en las sienes; anchas y fuertes espaldas. En general, hombre de limitadas grasas. El vello, espeso en el pecho y en las extremidades, la denuncia de alguna pizca de sangre gringa en sus oscuros ancestros.

Por último, el inevitable perfil psicológico: delicado equilibrio de fobias gratuitas y desmesurados afectos, de dilatadas inquinas y repentinas explosiones de ternura; compendio numeroso de secretos temores [62] y largas ilusiones; profunda caja en la que debían cohabitar ordenadamente los anhelos frustrados y las imágenes perdidas en la memoria. Fue allí donde me detuve para esmerarme en la búsqueda de elementos suficientes para configurar una personalidad definida y concreta, a prueba de indebidas incongruencias y de llamativos pasos en falso.

Todo eso le fui sumando. Creí prudente atribuirle una perdurable largueza con un hijo adulterino, fruto de un explosivo amor clandestino que debió abandonar bajo la presión intransigente y enfurecida de su esposa legítima. Era indispensable anotar una arraigada austeridad en los gastos del hogar, sobre los que ejercía un control de inquisidor. Había también infrecuentes arranques místicos, que se traducían en esporádicas donaciones de novillos y hasta dinero en efectivo al cura párroco de Sapucay.

Sobre todo aquello reinaba, sin disputa, una sostenida codicia que elevó su nombre a la altura de un paradigma. El corolario inevitable: una torva desconfianza hacia todos los seres humanos. Veía en ellos, quizá con exacta clarividencia, a taimados enemigos de su prosperidad, nocturnos conspiradores contra la integridad de su patrimonio.

Pocas veces el alcohol le hizo incurrir en sorprendentes promesas de prodigalidad futura. En esos casos, el volumen de prometidos despilfarros, de absurdas donaciones y de obsequios inmotivados crecía en proporción directa con la duración de las libaciones. [63] Pero al día siguiente retornaba la lucidez, punzante y dolorosa, abriéndose paso en el cerebro, sorteando las miasmas de la resaca. Entonces, con el retorno del buen sentido, aquellas insensateces, ausentes en un alma firme, eran confiadas a un piadoso olvido.

Así fue completándose Anastasio Leguizamón, sombra ubicua que presidió, durante muchos años, el incesante discurrir de trámites y maquinaciones que tuvo como centro mi oficina de abogado. La fama y la fortuna de aquel hombre crecieron conmigo, agregando brillo y respetabilidad a la placa que proclamaba mi oficio, a pocas cuadras del edificio de la Corte Suprema de Justicia. El lugar elegido fue una modesta habitación sobre la vereda, allí donde 14 de Mayo pierde su fragoroso aspecto de calle metropolitana, de elevadas torres y demorados embotellamientos de tránsito, para adquirir la descansada placidez de las pérgolas coronadas de santarritas y de tupidos jazmineros que se abrazan a los balcones.

Es ahora cuando hace falta una definitiva, terminante aclaración: Anastasio Leguizamón no existe. La designación es una completa arbitrariedad. No es siquiera una ilusión, ni un desvarío de los sentidos. Tampoco nos hallamos ante un personaje de ficción, habitante de un ejercicio de literatura costumbrista, exagerado en paisajes rurales, obrajes y cuchilleros.

Anastasio es, técnicamente hablando, una entelequia. Es decir, un "ente ideal desprovisto de sustancia" [64], si queremos definirlo con propiedad y economía conceptual, evitando locuciones inútiles. Es una creación artificial de la mente. Una abstracción, casi una gratuidad semántica, como aquellas que fatigaron las especulaciones de los escolásticos, doctos constructores de razones inútiles.

Nació (esto es un decir), el 20 de junio de 1973. Ese día, un ausente Anastasio Leguizamón me otorgó un poder general amplio ante el juez de Paz en lo Civil y Comercial del pueblo de Sapucay. El mandante era desconocido para el funcionario. Hice una esquinada referencia a las persistentes dolencias que aquejaban a mi cliente, a una fiebre repentina, a la necesidad que yo tenía de retornar a la capital inmediatamente. La vecindad del tal Leguizamón con el cercano leprocomio de Santa Isabel quizá no era ajena a tan indefinidos achaques. Esta circunstancia arrojó verosímiles conjeturas sobre el motivo de su inasistencia al Juzgado y la probable naturaleza aborrecible de su mal.

Explicué, como al pasar, que los asuntos que debía atenderle eran de poca monta: chucherías sin valor, tramitaciones de rutina, tonterías. Los escrúpulos burocráticos del Juez fueron adormecidos por la alusión al indeseable vecindario de Leguizamón, claro

que si el señor Juez querría ir no habría inconveniente, y por cierta suma de dinero que deposité en sus manos con púdica delicadeza. Retorné triunfalmente a Asunción, con el poder en mi cartera.

Toda esta confusa operación fue regida por el oculto propósito de escamotear de la curiosidad pública [65], bajo un inocuo e inofensivo manto, lo que sería el mejor de mis negocios: la usura. Ya había comenzado a operar, poco tiempo atrás, con prometedoras perspectivas, en ese vertiginoso mundo transitado por hipotecas, prendas y retroventas; territorio inhóspito donde el dinero engendra dinero, mágicamente, y los plazos e intereses tienen la firmeza del cristal y la inexorabilidad del destino.

Descubrí ese brillante negocio poco después de egresar de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción. Había recibido el título de abogado luego de seis años de exámenes mediocres y de asistencia mecánica y desgana a clases dictadas por profesores de arrastrada voz y de dispar intelecto. Aún recuerdo la ceremonia de graduación en el patio de la vieja casona de la esquina de la calle Yegros. Bajo el sol quemante, la ondulante fila de togas negras, el prescindible ritual, el sudor resbalando desde el cuello hasta los pies, la humedad, las caras impasibles de los profesores y, desde los altavoces, la sofocante retórica del discurso del Rector.

Comencé a litigar con suerte cambiante, gobernado por un estímulo que suele ser parte de la sustancia inalterable de la profesión: el rabioso y leal amor al dinero. La vocación o la casualidad me pusieron frente a las enormes posibilidades del mercado negro de las finanzas, cuyos laberínticos trajines tienen entrañable familiaridad con la labor de abogados y escribanos. Pero pronto dos o tres incidentes en el tribunal y el cuchicheo que adivinaba a mi paso me persuadieron a [66] buscar el modo de moverme con más libertad, al abrigo de temores y maledicencias.

Esta conclusión presidió al alumbramiento de Anastasio Leguizamón dentro del perímetro rectangular de un poder otorgado en Sapucay. El documento contenía todas las cláusulas suficientes para mis propósitos: yo debía representar a aquel hombre en todos sus asuntos civiles y administrativos. Pero también estaba autorizado a administrar y disponer de sus bienes en la forma que me pareciere más correcta. El documento, en realidad, me permitía prescindir, desde ese mismo instante, de la persona del ilusorio mandante.

Los efectos de la maniobra fueron casi inmediatos. La importancia de mi persona comenzó a disminuir, oscurecida por aquella cómoda fachada. Mis palabras perdieron su anterior fuerza propia y pasaron a adquirir el sonido sosegado de quien se limita a cumplir ajenas instrucciones. Detrás de mí estaba Anastasio Leguizamón, huraño y exigente, a quien debía rendir cuenta de mis actos. Era él quien resolvía peticiones de prórroga, quitas, levantamientos de embargos, valoraciones de joyas y otros objetos en las operaciones prendarias. Yo me limitaba a acatar las órdenes del capitalista, moviéndome obedientemente al compás de la música que éste ejecutaba.

A mi cargo corría recibir los planteamientos de los agobiados clientes de Leguizamón. Yo los escuchaba con atención respetuosa, no desprovista de simpatía. [67] Hasta tenía palabras bondadosas y comprensivas para quienes ofendían mi sagacidad con subterfugios evidentes: una desgracia en la familia, un accidente de tránsito, la inminencia de un empleo generosamente pagado, una importante suma de dinero que

estaba a punto de llegar de algún misterioso pariente. Pero mi magnanimidad se detenía ante el sagrado umbral de los deberes del mandante. Si es por mí encantado, señor, pero todo depende de lo que diga don Anastasio. Los despedía en la puerta, prometiendo mediar en favor de las más absurdas alegaciones, con piadosa convicción.

Todo era, por supuesto, inútil. Los pretextos y las súplicas, las maldiciones y los vituperios se estrellaban contra la inmutabilidad de las condiciones pactadas. Yo quedaba reducido casi al papel de un espectador, poco comprometido con la rigidez opuesta a mi afectuosa intercesión.

El abogado, les explicaba casi con angustia, es un sacerdote de la ley y de la justicia. Apenas un puente involuntario entre las partes involucradas en la operación. Detrás de mí, maciza pared, hosco torreón, se hallaba el patrón. El oficiante de la antigua secta de Shilock, sacando brillo con pericia al mellado espadón del verdugo.

Había otra utilidad encomiable en estos ejercicios de histrionismo: el largo brazo del fisco, vampiro de copiosos apetitos, se detenía ante aquel grisáceo fantasma. Todo exceso de rigor tributario conduciría inevitablemente [68] a Sapucay, pueblo adormilado y distante, donde el usurero fijaba residencia. El calor, los mosquitos y la propia inexistencia de mi mandante se encargarían de echar a pique las más persistentes pesquisas.

A un inspector de Hacienda por demás acticioso le señalé ese camino, abundando en recomendaciones sobre la mejor forma de llegar. No olvidé encargarle saludar efusivamente a don Anastasio, en mi nombre, y entregar mis respetos a su señora esposa.

El juez de Paz ya había sido destituido y ni siquiera seguía viviendo en el pueblo. El emisario del fisco indagó, sin resultado, por todo Sapucay. Por último, en prueba de patriótico celo, se dirigió hacia Santa Isabel, lugar que me había preocupado de indicarle como el sitio más seguro para la búsqueda. Su temeridad quedó abruptamente trunca cuando los primeros rostros aleonados, deformados por la lepra, comenzaron a asomarse en las ventanas de los ranchos para contemplar, inquisitivamente, al audaz intruso.

Un segundo inspector apareció, años más tarde. Parecía armado de un coraje con cimientos mejor plantados que el anterior. Debilité su ofensiva entregándole un sobre cerrado, de imaginable contenido. Regalo de don Anastasio y le ruega que no se ofenda. Para comprarle un regalo a la patrona.

Mi fortuna había crecido considerablemente. Era lo esperable luego de años de exprimir hasta los tuétanos a una numerosa clientela. Llegó el momento en [69] que había alcanzado tal volumen que ningún revés podría erosionarla; el éxito la había dejado fuera del alcance de traspies imprevistos y pérdidas ocasionales. Todo lo que tenía que hacer era administrar el dinero con cautela y circunspección, sin arriesgarlo en operaciones inseguras.

Ocasionalmente, alguien retaceaba la devolución de algún dinero. Como abogado de don Anastasio, yo tenía entonces que acudir a la vía de la compulsión judicial. Pecado siniestro era la demora; peor aún, expiable sólo con las llamas del infierno, oponer chicanas y ardidés tribunalicios a su legítimo crédito. El carácter irascible, característica descollante de su personalidad, entraba en ebullición. Se volvía agresivo e intolerante y no regateaba expresiones agraviantes para la otra parte. Veía agredida su bolsa, amenazado su patrimonio. Las maniobras dilatorias que oponían mil y un estorbos al progreso del expediente, le sacaban de quicio.

En esas controversias, los escritos eran firmados por el propio Leguizamón, con mi patrocinio profesional. Su rúbrica era un garabato que fui perfeccionando cuidadosamente. Los trazos eran los apropiados a un carácter seco e infranqueable, regido por el frenesí del atesoramiento. Había algunos rasgos elocuentes, como la cola de la zeta, que concluía en una espiral cerrada sobre sí misma, casi la garra de un ave de rapiña.

La intervención directa en los juicios respondía a un propósito: extender la mirada vigilante sobre la evolución de los trámites. Me rehusaba así la posibilidad [70] de que yo, llevado por la proximidad cristiana, cayese en la tentación de aceptar transacciones gravosas. Su desconfianza era tan grande que prefería tener un control inmediato sobre sus asuntos. Sobre todo, cuando éstos se hallaban enredados en el laberíntico procedimiento judicial, azuzado por leguleyos pícaros y combativos. Desparramé esa especie por todo el tribunal.

Algún conocimiento tenía el hombre del asunto: al terminar la Guerra del Chaco, había llegado a cursar los primeros años de abogacía. No era, pues, un profano absoluto en la materia; tenía, pues, los rudimentos imprescindibles para no ser embaucado fácilmente con la jerigonza académica o con citas extravagantes y rebuscadas.

Para ese momento, mi estratagema había llegado a la cúspide del refinamiento. Leguizamón tenía ya desarrollada una personalidad muy completa, de cuyas mezquinas facetas se hacían hirientes lenguas víctimas y letrados. Algunos clientes pugnaban por sortear el muro de la intermediación y penetrar en la intimidad de mi mandante; preferían acogerse a la sombra del poder real y no depender de irresolutos representantes. Los más porfiados me acosaban con preguntas e inquisiciones. A todos aplacaba con buenas maneras, aunque desaconsejaba el buscado atajo para llegar al capitalista.

Para fortificar la imagen de un espíritu encallecido, construí un voluminoso rompecabezas. Con mañosa baqueanía perpetré un sistemático saqueo a los [71] secretos desvanes de mi memoria. Cada rasgo que iba atribuyendo a mi evanescente mandante era el botín de un nuevo acto de piratería. Cada pieza se iba acomodando con la anterior en una armonía forzada y arbitraria.

Anastasio fue, no cabe duda, un desprolijo Frankenstein moderno. Una acumulación de injertos extraídos de distintos sitios, desenterrados de un oscuro archivo de vivencias deformadas por el tiempo. Todo fue a parar en un caldero arqueológico donde se mezclaron imágenes descoloridas, sonidos cacofónicos, voces asordinadas y lentas desmemorias. De allí salían los argumentos con los que hacía frente a las curiosidades que me cercaban.

Cuando advertí que el neutralismo político es moneda extraña en el Paraguay, le adjudiqué un razonable fervor por el Partido Colorado. La condición de gobernista le evitó inquinas y maledicencias y desalentó inoportunas embestidas de funcionarios y paniaguados. El color, grave convicción cívica. Para rubricarla, pinté su casa de llameante rojo. Improperio cromático, el peor; dirigido a los liberales, enemigos por tradición y de emperrada divisa azul. Tampoco en esto fui original. Lo sustraje de un recuerdo personal: el de un vecino de Villa Rica que desafió la cerrada prosapia liberal de los lugareños arrojándoles todos los días a la cara la fachada ígnea de su casa.

Por exigencias del libreto, hacían falta finalmente una sórdida puntilliosidad, un culto fanático del orden [72] y una capacidad de observación sin límites. Nadie como Leguizamón para apreciar, con una sola mirada de soslayo, la capacidad financiera de un posible cliente. Un cambio de palabras bastaba para olfatear al moroso potencial que se escondía bajo la honorable piel de un interlocutor.

Supo edificar un complejo sistema de símbolos y equivalencias. Un código flexible pero bravo, capaz de desnudar los falsos relumbrones o de revelar, bajo la apariencia de un irredimible pauperismo, los tranquilizantes medios de la prosperidad. Cada persona era ubicada en su justo anaquel, en su ineludible alvéolo. Así disponía de fronteras confiables a la cuantía de los préstamos y aseguraba el retorno del dinero. Muchos negocios prometedores, que resultaron después calamitosos para otros apresurados colegas, fueron sorteados mediante esta solvente metodología.

La vida social le permitía actualizar el prolijo catálogo y lo mantenía a cubierto de cambios bruscos y traidores. Acudía periódicamente a casamientos, velorios y cumpleaños; ocasiones ideales para escudriñar, con insobornable rigor, el estado financiero de sus contertulios. Los resultados fueron excelentes: muchos ídolos con pies de barro se desmoronaron estrepitosamente ante este acucioso sistema y fueron borrados de la lista de clientes potenciales; en cambio, oscuros individuos, anteriormente despreciados como indigentes, ascendieron al podio de los mimados de la fortuna. [73]

Los indicios se complementaban, unos con otros, para producir, con caudalosa congruencia, una fuerza de convicción. Un ataúd de trébol no es lo mismo que uno de petereby. Cuatro manijas, espejos irrefutables de la miseria; ocho, el deslumbramiento, la proclamación de los muchos caudales del difunto y un futuro regalado para los herederos. El aroma suave de la esperma se distingue, jerárquicamente, del náuseabundo sebo. Convincente el bronce, hasta maravillar; metal consagrado a monumentos de generales y estadistas, privativo de leones rampantes y dragones heráldicos, de glaciales cabezas patricias. Es importante la opción por un austero triduo o por un demorado novenario. O entre una majestuosa misa de cuerpo presente con armonios y latines y un repetido rosario salmodiado por píos voluntarios en torno al ataúd.

Detalle final e inapelable: el sitio del descanso eterno. Aquí las posibilidades son infinitas. Desde el panteón propio, con puertas enmarcadas por columnas de capiteles corintios hasta el plebeyo columbario donde los huecos se alinean simétricamente como en un ejercicio militar de orden cerrado. Lo más denigrante, la fosa abierta en la tierra bajo una crasa cruz de madera.

Sólo una vez pudieron engañarlo. Uno de los deudos, habilidoso pícaro, se acercó, enlutado y lloroso, a pedirle un fuerte préstamo; para los gastos del sepelio y algunos

arreglitos de la sucesión. Después, jugosas hijuelas responderían hasta la saciedad. La petición fue [74] deslizada al oído del prestamista, frente mismo al suntuoso panteón, sobre cuya cúpula un angelote barrigón tocaba una trompeta; lugar rutilante de luces y mármoles. En las paredes exteriores del edificio, rostros patricios contemplaban severamente la escena, desde fotografías ovaladas. El coloquio mercantil se sobrepuso al llanto de los demás deudos, que rezaban acongojados.

Concretado el préstamo, nunca más se volvió a ver a aquel hombre. Luego se supo que el panteón pertenecía a un pariente lejano que, en un acto de caridad, lo puso a disposición de la familia del difunto. Este partió al más allá sin un cobre; todo el dinero que dejó a su heredero fue el que, abrazándolo con emotiva fuerza, le dio en préstamo el engañado Leguizamón. Con la pequeña fortuna, marchó a Buenos Aires en el primer ómnibus del día siguiente.

Los cumpleaños participaban del concluyente inventario. El renglón estaba tan bien estudiado que no había pérdida mayor en los gastos de tanta vida social. Cuando Leguizamón era visitante, ajustaba el precio del presente a la calidad de la cena que esperaba servirse; si era anfitrión, su maestría le conquistaba un permanente empate entre el monto estimado de los obsequios recibidos y el de la mesa.

No fue fructuoso el torpe intento de burlarlo en una cena que ofreció el día de su santo. Cuando sus ojos rápidos y astutos -ya se habían retirado todos sus invitados- comenzaron a clasificar los objetos recibidos, encontró doce envoltorios desprovistos de sus [75] respectivas tarjetas. Una mano maligna había creado el caos, deliberadamente, para disfrazar la irrelevancia de su presente bajo la anónima suntuosidad de otros paquetes. La mano criminal fue, obviamente, la que trajo una ramplona crema de afeitar de origen brasileño. El cachivache descollaba, como un tumor maligno, entre las cajas voluminosas y las cintas de colores.

Leguizamón no se dejó amilanar por aquella burla infame. Su espíritu metódico, hecho a los desafíos de la ciencia, aceptó el reto. Comenzó por escribir los nombres de todos los que habían asistido a la fiesta, en una larga columna. Al lado, previa constatación de las tarjetas, los obsequios que le habían traído. Quedaron doce nombres y otros tantos objetos sin la necesaria correspondencia. El área de la pesquisa quedó así establecida. Entró a funcionar después el razonamiento, combinación de lógica y exacto conocimiento de los invitados, llave aristotélica para hacer brillar la verdad.

Hubo que considerar factores materiales tangibles, como el precio y la calidad de los obsequios. Luego las hilachas sutiles de la psicología. Finalmente, otros hechos ilustrativos, como la asiduidad en el trato, la cercanía en el parentesco, los previsibles resentimientos, las antiguas malquerencias, los agravios que el tiempo puede reverdecir.

Con desvelada paciencia, ordenó y jerarquizó cada una de estas referencias. Lúcido y atento alquimista, mezcló los elementos en su justa y precisa proporción. Consumido por el fuego de la verdad, iluminado por la fiebre de la búsqueda, la mañana lo sorprendió [76] inclinado sobre su escritorio. Lo rodeaban papeles, regalos y tarjetas minuciosamente clasificados.

Finalmente se incorporó aliviado. El triunfo dibujó en su rostro una sensación de paz y superioridad sobre sus despreciables congéneres. Acusadoras flechas, pintadas con

fiereza, reunieron los presentes con los respectivos adquirentes. La luz se hizo, como una cegadora centella, barriendo la burda engañifa. En la lista, el patronímico del miserable, rodeado de un clamoroso círculo rojo.

Durante todo aquel tiempo fui incubando una creciente aversión hacia este deplorable individuo. Su desbordada codicia contrastaba vivamente con mis convicciones más íntimas; para hacerse más aborrecible, ella estaba alcanzando proporciones impensables. No lo arredraba la quiebra irremediable de sus deudores ni excitaba su clemencia la desgracia más visible.

Un negro anecdotario aureolaba su nombre. Reflexioné que, siquiera en casos excepcionales, hubiese debido disminuir el tamaño de sus dentelladas. O tal vez atemorizarse ante las represalias de un Dios justo y memorioso, que lleva una cabal relación de nuestras iniquidades.

Confesé, por fin, mis reticencias a amigos y colegas. A cambio, recibí palabras consoladoras; ellas me recordaron el sagrado deber del mandatario, la obligación de diligencia y respeto a la conducta ordenada. Mi repugnancia fue aplacada por una ardiente invocación al deber profesional: un mandatario debe limitarse [77] a ejecutar el mandato con lealtad y eficiencia; no se pide a un abogado otra cosa que la escrupulosa atención del ejecutor.

Aun así, se acentuó la distancia entre mi benevolencia expresa y las inciviles instrucciones de Leguizamón que yo debía transmitir de nuevo, confuso y avergonzado. Me fueron menos disculpables sus estallidos de furia, la petulancia de sus réplicas, los despectivos exabruptos ante los sollozos de los que venían con la soga al cuello a buscar clemencia. Cada vez era más difícil explicar que los pedidos de prórroga fueron rechazados, que las retroventas no serían admitidas luego de cumplidos los plazos y que la bandera de remate iba a ser izada triunfalmente sobre la vivienda del interlocutor.

Cuando veía enarbolarse el pendón de la capitulación, su ferocidad adquiría refinamientos de virtuoso. Se regodeaba, feliz, sobre las ruinas que dejaba a su paso, como si un secreto designio le hubiese encomendado una vasta misión demoledora. Para esa época, su itinerario ya estaba erizado de las mutilaciones y escombros desperdigados por su cicatería.

Decidí renunciar al poder y cancelar mis operaciones de intermediación. Otro abogado, mejor protegido contra el virus de la conmiseración, podría hacerse cargo de sus asuntos. Ya poseía dinero suficiente para tener mi futuro y el de mi familia al amparo de todo imponderable: bienes inmuebles, dinero ahorrado en varios bancos, cuentas corrientes; cajas de seguridad repletas de joyas y alhajas dejadas en prenda; documentos [78] al cobro, firmados por gente insospechable. Todo aquel patrimonio me permitía poner distancia de aquella sombra desmedida que llenaba mis sueños de índices acusadores e inquietantes premoniciones.

Esta mañana me levanté inundado de una repentina serenidad. El aire fue más puro y la claridad del amanecer se hizo tibia y amigable. Mi decisión estaba tomada y requería sólo un principio de ejecución. Me sentí libre y aliviado.

Ahora cae la noche. Una itinerante luna, que mis ojos no pueden ver, pero que adivino alta y creciente sobre el tejado rojo, navega en algún charco lejano. Estoy preso. Acaban de explicarme el motivo. Leguizamón me denunció a la Policía. Los cargos son irrefutables: infidelidad al mandato, enriquecimiento ilícito, defraudación, estafa. Robo meticuloso y tenaz, perpetrado a lo largo de muchos años.

Me esperan la cárcel y, lúgubre e inevitable, la miseria. Mis bienes deberán responder del dilatado despojo. Las acusaciones son demoledoras. El comisario que me tomó la declaración se mostró amable, pero sabedor de mi suerte. Ahí están, para construir una irrefutable probanza, las cuentas corrientes, los documentos, los inmuebles: las huellas tangibles del delito. Y también los testigos que esperan declarar, con leal memoria, sobre los hechos invocados.

A lo absurdo de la presente situación se une una cabal injusticia que la reviste de una patética inmoralidad: había cortado toda relación con Anastasio Leguizamón. [79] Renuncié al mandato y puse fin al pacto secreto. Las razones bastan para acallar mi conciencia. Pero resultaron confusas y bastardas ante el displicente comisario que me escuchó con semblante neutro y que, con rostro aburrido, me hizo firmar una declaración abusiva en pormenores y contradicciones. Es notorio que no pude convencerlo. La querrela posterior será fulminante y nadie podrá alterar sus cimientos. Mañana pasaré a la cárcel pública. Sus pesados muros, que miré siempre a la distancia, se abrirán, hambrientos, para recibirme.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo